

TERESA ALFIERI
UNS, Bahía Blanca

Utopía ¿originalidad o transplante?

La utopía, el *où topos*, la “ninguna parte” ¿trátase de una configuración social ideal positiva, de un concepto filosófico negativo, de una proyección religiosa, de un emergente discursivo o de un elemento literario?

La palabra con todas sus posibles valencias es, sin duda alguna, de origen europeo; pero la marca precisa en la realidad político-social de un ideograma integrante del ideario superestructural con poder incisivo de cambio. Ya existía en América con una originalidad total, no sólo antes de la llegada de Colón, sino aún antes de la llegada de los vikingos. Las ciudades “sagradas” de Monte Albán y Guatemala, la civilización zapoteca del Valle de Oaxaca, se mantuvieron durante siglos sin guerras, desarrollando –como tan bien lo señalara Thomas Merton- una “historia totalmente creativa”. Así como existieron años de vida inteligente en América antes de la llegada de nuestros antepasados europeos, así también utopías, intentos de realizarlas y civilizaciones que lo lograron convirtiendo la “ninguna parte” en América misma.

Luego llegaron las utopías europeas, muchas de las cuales intentaron plasmarse con la sangre americana, como la utopía jesuítica. Las utopías sociales del romanticismo y del marxismo han sido cruciales para el ensayo argentino, esta última realizada según algunos, como Martínez Estrada, en la isla de Cuba. Y algo más curioso: la influencia que la realidad americana ha tenido sobre las nuevas construcciones utópicas europeas, especialmente las literarias, como por ejemplo, *Isla* de Huxley.

En el cruce de culturas, la utopía se destaca así como un universal de la humanidad, un sueño imposible, que es brújula de los cambios pero que la naturaleza y la realidad, en su sabiduría, no dejarán jamás cumplir por completo.